



Mensaje a Estudiantes del Ciclo del Carbono en México

por la

Dra. María Graciela Alcalá Moya

PREMIO NACIONAL 2021 A LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA RELACIONADA
CON EL CICLO DEL CARBONO Y SUS INTERACCIONES

Primeramente, deseo agradecerles a todos aquellos colegas que han hecho posible el que reciba hoy el “Premio Nacional 2021 a la Investigación Científica relacionada con el ciclo del carbono y sus interacciones” que otorga el Programa Mexicano del Carbono.

Es la primera vez que el PMC elige para recibirlo a una mujer, y la primera vez —también— en la que su Comité Científico demuestra su visión incluyente otorgando el premio a quien practica disciplinas sociales. Les felicito aquí y ahora por esta muestra de su renovado interés en ampliar los horizontes del Programa y hago votos por una colaboración más estrecha y puntual entre científicos y estudiosos de las disciplinas sociales.

Este reconocimiento significa mucho para mí. Tanto por venir de quienes viene, como por recibirlo en el momento justo. Y me es muy grato porque significa que no estaba tan equivocada al buscar durante décadas —con mayor o menor éxito— una colaboración puntual y respetuosa de y con diversos científicos. Así que... ¡estamos todos contentos!

Empezaré por decirles que esta “ponencia magistral” es más bien una plática cuyos principales destinatarios son los todos estudiantes. Les quiero contar a ustedes que, en algunos cursos de Metodología que impartí para estudiantes de licenciatura en manejo sustentable de zonas costeras, o de maestría en antropología social, o de doctorado en medio ambiente y desarrollo insistí reiteradamente —válgaseme el pleonasma discursivo— en que un texto escrito (sea una tesis, un artículo, un libro) o una presentación oral (una ponencia, una conferencia, etc.) tiene su origen en la necesidad de responder y respondernos a ciertas preguntas nacidas del imperativo de poner orden en el deslumbramiento que nos genera la curiosidad, madre de todo conocimiento humano.

PMC
Programa Mexicano del Carbono
RED TEMÁTICA DEL CONACYT

Esas preguntas básicas son:

1.- ¿Qué?

¿Qué deseas estudiar? o, ¿qué deseas saber? o, ¿qué te interesa saber?...

2.- ¿Por qué?

¿Por qué deseas estudiar eso? o ¿por qué te preguntas lo que te estás preguntando? o ¿por qué te interesa saber eso que te interesa saber?...

3.- ¿Cómo?

¿Cómo vas a estudiar eso que deseas estudiar? o ¿cómo puedes responder a las preguntas que te haces? o ¿cómo demuestras el que sea de interés eso que te interesa?...

4.- ¿Para qué?

¿Para qué estudias eso que deseas estudiar? o ¿para qué responder a lo que te estás preguntando? o ¿para qué saber eso que te interesa saber?...

Así, de manera simple que no simplista, deseo convencerles a ustedes de que:

BUSCANDO RESPUESTAS SE ABREN CAMINOS

Título de esta “ponencia magistral” que ahora les presento basándome en mi propia experiencia de investigadora y en la que intentaré desarrollar cuatro temas:

1. La contextualización personal, vivencial y académica del surgimiento de la necesidad de preguntar e intentar trabajar con “científicos naturales” desde la experiencia de una antropóloga social. El qué investigar.
2. El desglose de preguntas hechas por actores sociales que pudiesen ser considerados personas “ignorantes” e “incultas” por los investigadores (científicos o no). El objetivo es obtener respuestas claras de los estudiosos a preguntas precisas de los actores sociales. El porqué investigar.
3. Buscando respuestas a las preguntas que los actores sociales hacen y que una no puede responder porque desconoce la materia se inician procesos de cognición insospechados. Abriendo caminos en “conversaciones” posibles con científicos para lograr respuestas a las preguntas de los “otros”. El problema de la traducción y el “puenteo”. El cómo investigar.
4. Sabiendo que ya no hay escapatoria a la necesidad de colaboración profunda e intensa entre científicos naturales y estudiosos de la sociedad pues el Antropoceno nos alcanzó. El para qué investigar.

PRIMER TEMA

El ¿qué?

Por azares del destino en 1980, antes de terminar la licenciatura en Sociología en la Universidad Autónoma de Nuevo León y luego de haber cursado la licenciatura en Física en el Instituto Tecnológico de Monterrey inicié los estudios de Maestría en Antropología Social guiada por un maestro singular, el Mtro. Luis María Gatti, entusiasta antropólogo argentino fascinado por los pescadores de Tecolutla, Ver., hombre partidario de la libertad de pensamiento y de acción.



Eran los tiempos en los que podías no “hacer trabajo” de campo sino “vivir en el campo”, como él acostumbraba decir a los colegas que nos visitaban cuando nos instalamos ahí.

A partir de ese momento y en periodos de cuatro meses cada cinco meses estuve yendo y viniendo entre Tecolutla, Ver., y Zamora, Mich., sede de El Colegio de Michoacán en donde se impartían los cursos y se hacía el “trabajo de gabinete”.

En el COLMICH era obligado responder pronto a la pregunta básica: ¿qué vas a investigar? Pero Luis María me la planteó de otra manera: ¿qué deseas investigar?...

Convencida por los cursos que llevaba de que la disciplina Antropología Social tenía por propósito conocer la estructura de las sociedades humanas a nivel de pequeñas comunidades de manera monográfica y utilizando el método de la llamada “observación participante” y de que -como me habían enseñado en Monterrey- la Sociología era una ciencia cuyo inventor, el físico y filósofo francés Auguste Comte había definido en el siglo XIX como “la Física de la Sociedad” que estudiaba la sociedad amplia a través fundamentalmente de la Estadística, elegí sumergirme en el exclusivo mundo de “mi comunidad”: Tecolutla, Veracruz. Más aún: escogí sumergirme en el todavía más exclusivo mundo de la organización del parentesco, tradicional y carísimo tema a la Antropología Social clásica con don Claude Lévi-Strauss a la cabeza.

Para mi sorpresa, el vivir en las chozas de los pescadores con varias y distintas familias me llevó a descubrir que esas “familias” no estaban conformadas como mi familia, es decir: padre, madre, hijos en una casa, abuelos en otra, tíos y primos en otra, etc. sino que en una misma casa vivían varios niños que se trataban como hermanos pero que no todos lo eran... Y que había varias mujeres jóvenes, alguna era la madre de algún niño o de varios, pero no de todos... Y que la abuela era la jefa de familia cuando no estaba su hijo o su marido (ambos pescadores) y que todas y todos cambiaban a veces de marido o de mujer... Y que el cambio no llevaba al asesinato de alguna!... Ah!!! y que, además, dada su miseria, sólo practicando de hecho -nunca de palabra- la solidaridad y la ayuda mutua lograban sobrevivir.

Entonces el asunto se volvió imposible de entender siguiendo los cánones de la Teoría del Parentesco.

Con la ayuda del Mtro. Gatti me puse a buscar bibliografía y no encontré mucha que me mostrara algo equivalente entre otros grupos sociales. Así que tuve que cambiar de referente teórico y de método para abordar el asunto y plantearme “el problema de investigación” de otra manera.

Distraje entonces mi mirada de las casas-habitación de los pescadores y empecé a fijarme con detenimiento en las tareas de la pesca misma saliendo a pescar con los pescadores mayores que me lo permitían no sin antes desafiarme con miradas risueñas, burlonas quizá, y aclaraciones del tipo: “Se va a marear” o “Pero va a tener que levantar el grampín, jajaja”.

Terminé la maestría convencida de que los pescadores (a quienes para entonces denominaba con soltura “artesanales”) eran personajes física, espiritual y sociológicamente únicos. Y que de alguna manera la forma en la que efectuaban su trabajo les obligaba a practicar la ayuda mutua y la solidaridad pues todo tripulante que se embarca en una lancha de fibra de vidrio con motor fuera de borda sabe que si no colabora con los demás a cada momento en lo que sea necesario se va al traste la faena.

Antes de graduarme en la maestría empecé a trabajar en la UAM-Azcapotzalco y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la ciudad de México de tiempo parcial. Al poco tiempo de estar ahí el Dr. Guillermo Bonfil Batalla -a la sazón director del Museo Nacional de Culturas Populares- invitó al Mtro. Gatti a dirigir una investigación sobre los pescadores de México con el objetivo principal de armar una exposición museográfica. El Mtro. Gatti aceptó gustoso, entusiasmado, y la denominó “La vida en un lance. Los pescadores de México”. Para organizarla me invitó a participar en calidad de co-coordinadora y me permitió elegir los lugares en donde deseaba investigar. ¡Fue una experiencia sustantiva!



Conocí todas las costas de México en tanto co-coordinadora de la investigación; y como investigadora trabajé entre los pescadores de Michoacán, Colima, Tabasco y Baja California, tanto en Isla de Cedros como en Ensenada en donde empecé a conocer a los pescadores de altura y sus hazañas. Y a enamorarme -porqué no decirlo- de ese mundo complejo, sí, pero menos “exótico” que el mundo de los pescadores artesanales que creía entonces conocer bien. ¡Ja!

Ese mundo también me introdujo obligadamente en la compleja red comercial de los productos pesqueros de Baja California, en su situación espacial de frontera marítimo-terrestre, en el papel de la Marina Armada de México y de la Marina Mercante. Y, particularmente, en el conocimiento de las instituciones que podrían responder a las preguntas que los pescadores artesanales me habían ido planteando a lo largo de varios años y que yo no supe responder: el CICESE, Ciencias del Mar y Limnología de la UNAM, la Universidad Autónoma de Baja California...

Luego tuve la oportunidad de concursar una plaza definitiva en el Centro de Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) en su sede Sureste. La obtuve defendiendo el proyecto de investigación que deseaba efectuar en la costa de Chiapas en donde se estaba construyendo la empresa Pescado de Chiapas, S. A., empresa hermana de Pescado de Colima, S. A. ambas creadas para enlatar atún para el mercado nacional y, en el caso de Pescado de Chiapas, también para el centroamericano.

Me instalé en Puerto Madero, hoy Puerto Chiapas. Cuando podía, los fines de semana alquilaba una habitación de hotel en Tapachula no sólo para refrescarme bajo el aire acondicionado sino también para conocer la región e ir descubriendo sus encantos al mismo tiempo que intentaba explicarme la sinrazón de crear una empresa enlatadora de atún en donde no se pescaba atún; en donde no había más industria que la del secado y molido de café; y en donde un transporte viable de envergadura era rentable sólo por mar, pero no había un puerto para embarcaciones de carga medianas ¡menos aún mayores!

Eso sin contar con el hecho innegable de que la frontera tanto por tierra como por mar era (y es) una frontera porosa; que la economía de los habitantes de la entre-sierra y de la costa gira sólo en torno a Tapachula; que los habitantes de una y otra zona no se conocían entre sí; que las religiones cristinas convertían a una feligresía itinerante; que...

Ahí, deambulando en la región a pie, en autobús, en automóvil, en lanchas, acabé de darme cuenta de que responder a la pregunta “¿Qué quiero investigar?” no era nada sencillo pues todos aquellos asuntos y más me interesaban e intuía que tenían alguna relación entre sí.

El tradicional enfoque monográfico de la Antropología Social de entonces y, en buena medida de hoy, ya no bastaba. El tradicional enfoque estadístico de la Sociología aprendida en mis años mozos tampoco. La economía local y regional, la telaraña de las redes políticas regionales y nacionales, la diversidad religiosa de los costeños, la importancia del Ejército Mexicano y de la Marina Armada de México en esa región frontera del país, la biología de las especies capturadas, la configuración oceanográfica del Pacífico centroamericano y su Corriente de Costa Rica, la desigualdad inmensa entre los pescadores tiburoneros de Puerto Madero y los pescadores de las pampas de agua y los camaroneros del extremo de la costa chiapaneca colindante con la oaxaqueña, todo ello hizo añicos mis certezas y me obligó a replantearmelo todo y a elegir mis intereses de investigación en función de lo que creí que era necesario mostrar a mis conciudadanos y de lo que yo personalmente sería capaz de explicarles.

En esas estaba, es decir, “hecha bolas” cuando logré obtener una beca del CONACYT, sin goce de sueldo del CIESAS, para hacer el doctorado en Etnología y Antropología Social en la Escuela de Altos Estudios de París. Mi interés académico era poder trabajar en la biblioteca de un pequeño centro de investigación llamado Centre d’Ethnotechnologie en Milieux Aquatiques (CETMA) ubicado en dicha ciudad y cuyos miembros investigaban especialmente la tecnología pesquera en comunidades de pescadores en prácticamente todo el mundo.

Me encantaba la idea de estar en un centro adscrito y ubicado en el Museo de Historia Natural, situado enfrente del más antiguo laboratorio de Madame Marie Curie y en una ciudad que mi madre me había hecho conocer hablando de ella sin jamás haberla visto!, guiada sólo por su fascinación por la literatura francesa.



La directora del CETMA, la Dra. Alliete Geistdoerfer me recibió sin dudar y, en breve, formé parte del centro en calidad de “investigadora invitada”. Ella me hizo conocer a los pescadores bretones de la llamada flota mosquito y a los pescadores industriales de Bretaña y sus imponentes puertos. Ahí conocí a colegas que trabajaban con pescadores artesanales en India, en Indonesia, en Japón, en Tanzania, en Brasil. La bibliografía que ahí encontré fue para mi un verdadero tesoro.

Pero en París, en donde pensaba que la esperada respuesta al “¿Qué investigar?” (que el Mtro. Gatti por acción y la Dra. Geistdoerfer por omisión convirtieron en la pregunta “¿Qué quieres investigar?”) se volvió escurridiza, de andar felino, esquiva.

A esas alturas del partido -con la urgencia de terminar una tesis que no acababa de empezar-, con gran cantidad de materiales bibliográficos que empecé a sumar a los materiales de campo que había obtenido en la costa de Chiapas volví a México y reinicié, desde San Cristóbal de Las Casas en donde estaba la sede del CIESAS-Sureste, mis estancias de meses en la costa chiapaneca.

Reconocí nuevamente la costa oaxaqueña y parte de la costa guatemalteca; me puse a estudiar la elemental oceanografía de la región y, sobretodo, la biología de las especies que se capturaban en toda su costa, la dinámica de sus poblaciones y su ostensible disminución tanto en densidad como de talla pues durante los cuatro años que había estado fuera del país habían sucedido cambios que no había imaginado: así suele suceder en México cuando dejamos “el terreno” durante varios años y luego regresamos a él.

De alguna manera empecé de nuevo la investigación y me convencí de lo obvio: de que los contextos espacio-temporales son imprescindibles para el avance del conocimiento de cualquier tipo.

La odisea desatada en 1994 por el levantamiento zapatista interrumpió mi andar entre San Cristóbal de Las Casas —lugar de nuestro habitar— y la costa chiapaneca -lugar de mi habitar-. Sobra decir que entonces el desconcierto nos atrapó a casi todos. El retraso en el avance de mi investigación y en la redacción de mi tesis de doctorado sólo lo excusaba con la publicación de varios textos y con la participación en reuniones académicas.

Finalmente, a principios de 1998, al final de mi primer año sabático y habiéndome respondido al ¿Qué deseo investigar?, al porqué?, al cómo? y al para qué? redacté mi tesis en París y logré defenderla: qué contento aquél!... Y regresé a México, a la cruda realidad del zapatismo militante de colegas y conocidos pero, sobretodo, a la intransitable situación de los caminos de Chiapas que me impedía viajar en mi automóvil segura -y sola, como de costumbre- desde San Cristóbal de Las Casas a la costa chiapaneca o a la tabasqueña.

Estancada en el mal humor que provoca el fastidio, sólo la lectura asidua de los materiales bibliográficos que había fotocopiado en el CETMA y almacenado escrupulosamente me impidieron “navegar” al garete. Especies, espacios acuáticos, ordenamientos territoriales, datos censales de población humana en las costas de México y un sinfín de relaciones epistolares captaron mis energías.

Medio año más tarde, el presidente de El Colegio de México invitó a mi compañero de vida —historiador— y a mí a trabajar ahí.

Consideraba que en El Colegio de México habría de encontrar disponibilidad de los colegas demógrafos a ayudarme a responder varias incógnitas sobre las poblaciones costeras; que los sociólogos urbanos me entrenarían un poco para cocinar la “sopa de numeritos” con la que muchas veces se intenta conocer el desarrollo de las ciudades contemporáneas.

En intentar la colaboración entre demógrafos, sociólogos urbanos y antropóloga social transcurrió casi un año hasta que el presidente de El Colegio de Michoacán me llamó y me preguntó si deseaba trabajar en las costas de Michoacán para continuar con las investigaciones que había publicado en el COLMICH bajo su iniciativa editorial.



Me dijo además que podríamos hacer un convenio de colaboración interinstitucional con el COLMEX y con otra institución... y sin dudarlo, a boca de jarro le espeté: con el CICESE!!!

A partir de entonces pude efectiva y forzosamente organizar mis preguntas como portavoz de los pescadores, de algunos marinos, de algunas autoridades (municipales, portuarias, educativas). Muchas dirigidas a los biólogos, los oceanólogos, los ecólogos, los ictiólogos... Durante la nueva experiencia -que ansiaba- fui descubriendo que aquéllas eran producto de mi incomprensión de interrogatorios a los que pescadores, marinos, militares, autoridades, me habían sometido, pero descubrí también que otras preguntas eran sustantivas y que era preciso “desmenuzárselas” a los científicos.

El ¿Qué estudiar?, el ¿por qué?, el ¿cómo? y el ¿para qué? los tenía precisados. Sólo faltaba conseguir fondos, convencer y comprometer a colegas de diversos horizontes a embarcarse en otra aventura científica y de utilidad para un sinnúmero de actores sociales. Qué ilusión me hacía iniciar esa aventura!

SEGUNDO TEMA

El ¿por qué?

Mi propuesta para todos los científicos y antropólogos sociales que participaban en el proyecto estrenado oficialmente en el año 2000 y terminado en el año 2006 fue que estudiáramos las “Transformaciones y perspectivas de las actividades portuarias, pesqueras y turísticas de la región costera del Occidente de México” con fondos del COLMEX, el COLMICH, el CICESE y, habiendo sido otorgados (Proyecto G34601-S), del CONACYT.

Con “falta de ignorancia” a costas -que Cantinflas conocía bien, yo no- estaba segura de que oceanólogos, ictiólogos, bioquímicos, biólogos pesqueros y antropólogos sociales podríamos llegar a un mutuo acuerdo de colaboración, interesados todos en la macro región que elegí -como todos lo manifestaron- para estudiarla desde la óptica de cada uno, sííí, pero para resolver particularmente los problemas planteados en el proyecto, problemas explicados de varias precisas y concisas maneras.

Responder a la pregunta de porqué era —y ¡sigue siendo!— muy sencillo:

1. Porque ninguna investigación conjunta multidisciplinaria se había hecho en la amplia región costera del Occidente de México que comprende las costas de Michoacán, Colima y Jalisco;
2. Porque la Oceanología, la Ecología, la Demografía, la Antropología Social de la región costera eran prácticamente desconocidas;
3. Porque la contaminación y el deterioro ambientales eran de gran envergadura en las tres ciudades más importantes de dicha región Ciudad y Puerto Lázaro Cárdenas, Mich., Manzanillo, Col., Puerto Vallarta, Jal.
4. Porque la actividad pesquera, portuaria y turística, motores del desarrollo económico de esa macro-región nadie conocía a cabalidad y menos de manera multidisciplinaria tomando en cuenta su ambiente costero y marino, su sociedad, sus culturas, la política local, municipal, estatal, federal, etc..
5. Sobraban -y ¡sobran!- motivos para estudiar esta región costera definida conceptualmente por mí misma en un libro para entonces ya publicado.

Sin embargo, para algunos resultó incomprensible el porqué era importante investigar en conjunto esos problemas pues no leyeron nunca el texto completo del proyecto ni escucharon con oídos atentos las exposiciones del leit motiv que nos reunía: Hélas! Ellos se concentraron en sus propias tareas sin encontrar relación con la tarea común.



Por lo tanto, no percibieron la relación entre la oceanografía y el uso del espacio litoral y marino que hacían los actores sociales en aquella región. Otros no entendieron cuál era la relación entre la etapa de crecimiento de los peces y su valor comercial, o qué importancia tenían las corrientes oceánicas y las capas de mezcla en la configuración del espacio habitado por especies comerciales o en los costos de navegación de cargueros y demás embarcaciones mayores.

Sin embargo, todo ello no fue obstáculo para que cada uno de los investigadores de aquel equipo multidisciplinario presentara en tiempo y forma los informes y avances de su trabajo tanto al CONACYT (por mi conducto) como en los Seminarios que cada seis meses tuvieron lugar durante casi 6 años.

Así que el resultado del conjunto fue híbrido, disparejo, incomprensible para algunos. Sin embargo, al mismo tiempo fue sumamente aleccionador para todos, particularmente para algunos e, indudablemente, para mí.

La experiencia de trabajar como asistente de los científicos haciendo muestreos de peces, de arenas contaminadas, de desagües de hospitales que se vierten en los ríos; resolviendo el traslado inmediato de muestras desde Ciudad Lázaro Cárdenas, Mich., Manzanillo, Col., Puerto Vallarta, Jal. a Ensenada, B. C. sede del CICESE; llevando a oceanólogos a conocer las costas mientras les explicaba lo que sabía de ellas, presentándoles a pescadores, autoridades portuarias, agentes de viaje, etc. para que pudiesen estos hacerles preguntas concisas e intentando luego “traducirlas” a los oídos de especialistas resultó ser una experiencia de inestimable valor para todos.

Pero sólo cinco de más de doce científicos llegaron a interesarse de verdad en entablar un diálogo con los otros científicos y, particularmente, con nosotros los antropólogos sociales.

Recién entonces y muy a mi pesar me di cuenta de que, en buena medida, la incomunicación no sólo era debida a que la mayoría de los investigadores había mostrado interés en mi proyecto porque obtendrían fondos para trabajar una zona poco estudiada, sino también a que su lenguaje y vocabulario estaban constreñidos por su formación científica tanto como lo estaban para los antropólogos sociales.

Entonces, e independientemente de haber respondido al porqué hacer la investigación conjunta y multidisciplinaria, fue necesario intentar hablar en el idioma de los científicos y no sólo en el de los actores sociales. Hacerlo ha conllevado un gran esfuerzo y el tiempo hasta hoy.

TERCER TEMA

El ¿cómo?

El problema de la “traducción”; el problema del “puenteo”.

La verdad es que me tardé un par de años en aceptar que algunos colegas seguirían mirando su ciencia-parcela desde su atalaya pero me tardé mucho menos tiempo en congeniar profundamente con aquéllos que supieron abrir la puerta y dejarnos pasar y que, respetuosos, entraron por las puertas que les habíamos abierto los antropólogos sociales. Así que el problema de la traducción entre ciencias y disciplinas de estudio y entre científicos y gente del común sí es posible, sólo se requiere perseverar en la búsqueda de respuestas.

La publicación de varios libros escritos por nuestro colectivo, de los muchos artículos que cada uno de los colegas escribió, de las tesis tanto de maestría como de doctorado que se produjeron en nuestro proyecto y de que en todos nuestros seminarios participamos entusiasmados, no resolvió ni medianamente el problema de la traducción de lenguajes.

La traducción por un tercero sólo es posible cuando el hablante y quien escucha están dispuestos a entenderse siquiera a través del traductor. Pero cuando el hablante considera a su escucha inferior e incapaz de entender, por más perspicaz que sea el traductor la comunicación no fluye: el “puenteo” es imposible.



Desde mi perspectiva no es sólo un asunto de traducir a lenguaje comprensible los términos de diccionario especializado que cada ciencia o cada disciplina utiliza explicando cada palabra en sí: es más bien un problema de interpretación más que de traducción y por tanto de respeto y atención. Recuerden que intérprete es una persona que explica a otras, en lengua que entienden, lo dicho en otra que les es desconocida.

Me explico:

- En el caso de la comunicación directa entre los antropólogos sociales y los científicos y viceversa, unos y otros suelen no trabajar en equipo no porque no sea necesario sino más bien porque cada uno en su trinchera se considera (sin razón) superior al otro;
- en el caso de los científicos tanto como en el de algunos antropólogos sociales que no hacen trabajo de campo frente a pescadores artesanales, por ejemplo, el juzgar a estos iletrados, ignorantes, con un pobre vocabulario, levanta una barrera infranqueable que impide el intercambio de conocimientos que su diálogo aportaría a unos y a otros.

Si no nos interesa lo que sucede con las personas que tenemos a nuestro alrededor en nuestro trabajo, sean estos pescadores o campesinos o empleados de cuello blanco u otros científicos; si tenemos el tiempo contado para obtener muestras o hacer entrevistas; si nadie nos ha enseñado el contexto de nuestras ciencias, es decir, el porqué y el cómo fueron desarrollándose hasta llegar al momento actual... entonces no contaremos con herramientas para poner la atención y el respeto requeridos para ser "intérprete" de lo que te pregunte cualquiera y no tengas respuesta pero puedas transmitirla a quien sí la tendría; ni para aprender de cualquiera aquello que esa persona sabe y que compete directamente al conocimiento que estás buscando tanto sobre especies, como sobre fenómenos atmosféricos, climáticos, oceanográficos, sociológicos...

Traducir y, mejor aún, interpretar lenguajes exige conocerlos y manejar tu lengua materna con esmero y cuidado. Así que a los estudiosos de cualquier ciencia o disciplina trabajando en los límites o en la intersección de ciencias y/o disciplinas sociales, como es el caso de quienes están trabajando en los problemas generados por la producción descontrolada del carbono derivada de las actividades humanas, no les quedará otro camino que emprender la fascinante tarea de "intérpretes" pues de otra manera no avanzarán lo suficiente en sus atalayas para lograr lo que se proponen conocer, menos aún para intentar remediar los graves problemas derivados de aquél hecho.

Pero, además, siempre hay un "además". Incluso cuando crees que hablas el mismo idioma científico que tu colega algunos asuntos de interés común resultan incomprensibles, inimaginables.

En mi experiencia tengo un singular ejemplo al respecto:

- desde el inicio de nuestra investigación colectiva propuse que ella fuese el embrión de una Estación Científica Multidisciplinaria e Itinerante (es decir, que cada cierto tiempo cambiara de base de operaciones) a lo largo de la costa del Pacífico mexicano. Una Estación, lugar de investigaciones diversas pero entrelazadas, como aquéllas que existen en algunas regiones del mundo particularmente importantes para investigar el cambio del clima provocado
- por el estallido y crecimiento de los volcanes (en Islandia),
- o su consecuencia en el acelerado deshielo de los casquetes polares (en Alaska, en Tierra del Fuego),
- o el impacto en la temperatura ambiente de la tala de árboles añosos (en el Brasil amazónico), etc.

En esas Estaciones trabajan cada año distintos científicos y están financiadas por conjuntos de gobiernos y universidades teniendo siempre, y por adelantado, una limitada cantidad de científicos invitados que pasan ahí temporadas cortas cada año quienes al compartir sus sagrados alimentos comparten también sus distintos saberes aún en ciernes.



Consideré que COLMEX-COLMICH-CICESE serían las instituciones idóneas para crear en México mismo, en la costa del Pacífico, una Estación de Investigación a la que se invitase a científicos y estudiosos de la sociedad no sólo mexicanos, sino del mundo entero a investigar sobre el terreno del que sólo una mínima parte nosotros habíamos barbechado.

Lo propuse a sus presidentes (el COLMEX y el COLMICH tiene cada uno un presidente) y al director (del CICESE) luego de conversarlo con los colegas del proyecto colectivo; lo defendí frente a los antropólogos sociales de mi equipo varias veces pero me miraron con fruncido entrecejo. Ni unos ni otros parecieron entender la necesidad de algo semejante en México. Fue como si hablase un idioma desconocido. Ni siquiera se aceptó la futura posibilidad de algo así.

Así que otra de las satisfacciones que he tenido trabajando con el Programa Mexicano del Carbono es que es un “consorcio” mexicano-americano-canadiense que mira hacia ese futuro sin sorpresa y sí con aceptación de la necesidad de trabajar en equipos multidisciplinarios a nivel América del Norte. Me encanta!

CUARTO TEMA

El ¿para qué?

Sabiendo que el Antropoceno -periodo actual de la era Cuaternaria de nuestro planeta- se define “por el significativo impacto global que las actividades humanas han tenido (y están teniendo!) sobre los ecosistemas terrestres”, qué duda cabe de que se requiere de hacer esfuerzos conjuntos por cambiar el “paradigma” que rige actualmente las acciones de las sociedades humanas en aras de obsequiar a nuestra especie más tiempo de vida sobre este planeta?... el “para qué” de conjuntar los esfuerzos de científicos e investigadores sociales y comunicarlos de la mejor manera posible a todos los actores sociales es indudable: para lograr salvaguardarnos de la hecatombe generada por nuestra sociedad, sin proponérselo, evidentemente. Ella ha engendrado esta situación planetaria y en ella misma están surgiendo ya las posibles salidas.

Hoy ya no hay escapatoria a la necesidad de compartir conocimientos sean sobre el planeta o sobre las sociedades humanas que lo habitan. Ni tampoco hay duda respecto a la necesidad de llevar al público en general —en un lenguaje inteligible— la información que permita comprender el porqué debemos cambiar de paradigma y perseverar en otros que nos permitan sobrevivir aquí como especie!

Quisiera hacerles ver a ustedes, estudiantes de ciencias o de disciplinas sociales, que la obligatoriedad de conocer científicamente el impacto del carbono en el planeta va de la mano con el conocer mejor a las distintas y muy diferenciadas sociedades humanas que lo habitan y el cómo están respondiendo al fenómeno. La mejoría de la situación actual del planeta depende hoy de que estas sociedades estén informadas y tengan elementos para comprender dicha situación e intentar cambiarla. De ello depende nuestro futuro común. Recordemos el valiosísimo libro Una sola Tierra, de Barbara Ward, primer intento internacional en ese sentido y lo que nos enseña la Teoría del Caos.

Para terminar y parafraseando a doña Pita Amor les diré, haciéndome eco de su espléndida poesía, que en el vivir aquel esfuerzo común seguramente experimentarán el

*“Y en forma tal conviví
con negro y blanco extremosos
que a un tiempo aprendí
infierno y cielo tortuosos.”*

Muchas gracias por su atención.

